

Mágico, sombrío,
impenetrable

ALFAGUARA



Joyce Carol Oates

Mágico, sombrío,
impenetrable

Traducción de José Luis López Muñoz

Título original: *Título*

Primera edición:

© año, Autor

© 2015, de la presente edición en castellano para todo el mundo:

Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2015, Nombre Traductor, por la traducción

© 2015, Nombre Ilustrador, por las ilustraciones

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 000-00-0000-000-0

Depósito legal: B-

Impreso en

AL 1 2 2 6 9

Para Mariana Cook y Hans Kraus

Nota de agradecimiento

Los relatos incluidos en este volumen han aparecido, a menudo en versiones algo diferentes, en las siguientes publicaciones:

«Sexo con una camella» en *The American Reader*

«Mastín» en *The New Yorker*

«Distancia» en *Ploughshares*

«Un libro de mártires» en *Virginia Quarterly Review*

«Se ha muerto Stephanos» en *Yale Review*

«El cazador» en *Boulevard*

«Desapariciones» en *American Short Fiction*

«Cosas que quedan atrás, de camino hacia el olvido» en *Salmagundi*

«Santuario al borde de la carretera de Forked River, Jersey del Sur» en *Vice*

«Los payasos» en *Virginia Quarterly Review*

«Traición» en *Conjunctions*

«Mágico, sombrío, impenetrable» en *Harper's*

«Parricidio» en *EccoSolo* (libro electrónico)

«Mastín» se ha reimpresso en *The Best American Short Stories 2014*

La autora desea dar las gracias de todo corazón a estos editores y publicaciones.

I

Sexo con una camella

—Muchas cosas se valoran más de la cuenta. El suicidio, por ejemplo.

El chico rio al comprobar lo listo que era. La abuela, que conducía atenta al tráfico matutino, pareció no darse cuenta.

Recalcando las palabras, su nieto dijo:

—Por ejemplo, solo en el condado Boondock, de los Estados Unidos, se hacen la competencia dos *teléfonos directos antisuicidio* para adolescentes.

—¿Condado Boondock? ¿Dónde está eso?

—¿Bromeas, abuela? *Aquí*.

—Ah, aquí. Entiendo.

La abuela sonrió pero no llegó a reír. No era que el chico hubiera hecho una observación muy ingeniosa, aunque tampoco era frecuente que dejara de reír los comentarios de su nieto por muy poca gracia que tuvieran.

—En el instituto nos bombardean con anuncios por correo electrónico. «Si estás solo y preocupado y no tienes a nadie con quien hablar. Los consejeros para crisis están esperando tu llamada, que será siempre estrictamente confidencial». Ahora hay uno nuevo: «¿Te sientes seguro en casa?» —el chico se echó a reír.

—Bueno, ¿te sientes tú?

—¿Bromeas, abuela? Según las estadísticas, el noventa por ciento de los accidentes mortales suceden en el *hogar*.

Rieron juntos. Aquello sí tenía gracia.

Al chico le gustaba divertir a... bueno, a cualquiera que se le pusiera por delante. Había sido listo y despierto casi desde que aprendió a hablar. Si bien, como chico guapo, quizás había llegado a la cima hacia los once años.

En su próximo cumpleaños sumaría diecisiete.

La abuela, vestida con elegancia como siempre que salía de casa —atractivo turbante de seda blanca, conjunto de jersey y chaqueta blancos de cachemira, pantalones de lino de color azul claro de raya impecable, zapatos de buena calidad—, iba camino del hospital nuevo. Su nieto quiso conducir, claro está, pero la abuela le recordó que ella se acercaba ya a una edad (no había llegado *aún*, pero pensaba que no andaba *lejos*) en la que saberes tan básicos como conducir un coche podían empezar a atrofiarse si no se practicaban a diario.

Obsoleta. La abuela no quería ser eso, había dicho. A su nieto la palabra le había impresionado y se había apresurado a apropiársela.

Desde muy joven coleccionaba palabras. *Cigoto*, *paralaje*, *exanimación* eran algunos ejemplos. Ahora, *obsoleta*.

Aquella salida matutina tenía un algo de aventura: para llegar al hospital nuevo —según el mapa de Google que el chico había impreso— era necesario recorrer, desde su casa, 10,7 kilómetros más que para ir al viejo.

El hospital viejo lo habían agotado ya. Era el momento de pasarse al hospital nuevo que acababa de abrir hacía una semana, al otro extremo de una autopista estatal de seis carriles.

—El suicidio es algo así como una especie de *pasatiempo* estúpido. El noventa por ciento de los suicidios son equivocaciones: la víctima en realidad no tiene intención de matarse.

—¿Y por qué estamos hablando de eso? —preguntó la abuela (que había tenido un cargo administrativo en un pequeño *college* de humanidades en una vida anterior) con aire de desconcertada incredulidad. Luego miró de reojo al muchacho con una expresión que le habría fulminado si hubiera querido darse por enterado.

El chico se encogió de hombros. Solo pretendía pasar el rato, nada de lo que había dicho tenía la menor importancia ni peso específico.

—¿Quién ha sacado el tema? —preguntó—. Yo no.

—Bueno; tampoco *yo*.

De hecho, mientras la abuela conducía, su nieto había estado leyendo a toda velocidad correos electrónicos y mensajes de texto en su móvil. Había sido uno del montón de correos electró-

nicos, en su mayor parte no solicitados, procedentes de su instituto, el que ofrecía el enlace con una línea directa para momentos de crisis, mensaje que él se había apresurado a borrar sin pensárselo dos veces.

—Cuéntame algo divertido. Pero divertido de verdad.

—El caso de un chico que acompaña a su abuela porque tiene hora para el médico en un maravilloso día de otoño cuando podría estar de excursión por el Peace River Canyon con sus amigos o solo, con sus zapatillas Nike D200.

—Muy gracioso.

—A un disléxico le pregunta un amigo: «¿Qué tal el concurso de tiro con arco?». «Fui certero.» «¿Ganaste?» «No. Quedé certero.»

La abuela se echó a reír.

—Eso sí es divertido.

—Eres tan fea que el gato trató de enterrarte en el cajón de arena.

—No. Eso no tiene gracia.

—Vamos, abuela, hay como un millón de chistes con «Eres tan feo». Ese es el menos asqueroso.

—No me gustan los chistes sobre personas que son feas o estúpidas o... —la voz de la abuela cambió justo lo bastante para que su nieto se diera cuenta de que se proponía decir algo divertido— polacas.

El chico quiso hacerle ver que los chistes se basan casi siempre en insultos. ¿Dónde había estado ella toda su vida? Los chistes que oía a sus amigos o que él les contaba eran bastante groseros, y procedían de Internet o de la televisión por cable.

—Hay un fulano que está atravesando el desierto montado en una camella. Lleva varios días solo, de manera que siente la necesidad de hacer el amor. No hay ninguna mujer a la vista, así que se fija en la camella, pero el animal desconfía de él, porque, al parecer, ya ha tenido antes alguna experiencia similar. De manera que el fulano intenta colocarse en posición para tener relaciones sexuales con la camella, pero el animal sale corriendo. El tipo corre para alcanzarla y la camella le deja que se le suba encima, pero solo como montura. El otro no tarda en sentir la necesidad de hacer el amor, así que vuelve a intentarlo, pero la camella sale

corriendo. Por fin, después de cruzar todo el desierto llegan a una carretera y se encuentran con un automóvil que no funciona y dos rubias despampanantes. El tipo les pregunta si necesitan ayuda y ellas le dicen que si les arregla el coche, harán cualquier cosa que les pida. El fulano se pone a trabajar y consigue ponerlo en marcha; las mujeres le dan las gracias y le preguntan: «Ahora, ¿qué podemos hacer por ti?», y el tipo contesta: «¿Os importa sujetarme a la camella?».

La abuela pareció reflexionar durante algún tiempo pero acabó por echarse a reír.

—De acuerdo, tiene gracia. Pero no mucha.

—Hay chistes más subidos de color que son más divertidos, abuela. Pero supongo que no querrás oírlos.

El tono de voz del muchacho había cambiado un poco.

La abuela siguió conduciendo, absorta ahora en el torbellino del tráfico en una rotonda. El chico supo guardar silencio mientras la abuela superaba la dificultad: no tenía que tomar la primera salida, ni la segunda, sino la tercera.

A veces, el nieto se sentía muy mayor. Pero ese era su secreto.

Después de superar con éxito la rotonda y cuando conducía de nuevo a velocidad normal, la abuela dijo:

—Por lo menos cinco personas me han preguntado, por teléfono, quién me acompañaba al hospital y quién volvería a casa conmigo. Lo que buscan evitar a toda costa es que alguien salga de su consulta después de despertar de una anestesia, se desmaye y se caiga. Todavía peor si lo que hace es caerse por una escalera.

—Lo que no quieren —dijo el chico— es un pleito.

La abuela se mordió el labio, meditativa.

—Supongo que debes de tener razón. Nunca lo había enfocado así. Creía que yo les tenía sin cuidado.

—Puede que no les importes lo más mínimo, abuela, y sin embargo, no quieran que los demandes.

—Haz el favor de leerme las instrucciones para llegar a la consulta.

—*Ya lo he hecho. Y he estado.* ¡Dios del cielo!

La abuela conducía despacio por una carretera recién asfaltada en dirección a un edificio de muchas plantas y color verde pálido, que parecía hecho de cristal resplandeciente, y con diferentes alas a partir de un núcleo central. Más allá de aquel edificio había otros más pequeños y más bajos. Todos rodeados de aparcamientos. El chico estaba tratando de hacer coincidir el mapa de Google con el mundo real y tropezaba con dificultades.

El «hospital nuevo» estaba formado por un conjunto de edificios de líneas elegantes construidos en las afueras de la ciudad en un paisaje lunar de aparcamientos y suelo en su mayor parte aplanado con excavadoras. En algunas zonas, sin embargo, se había plantado un frágil césped nuevo, regado con agua de aspersores, un agua que subía y bajaba iluminada por el sol.

Aunque todo era nuevo, las zonas de aparcamiento más cercanas al hospital estaban casi llenas. Y resultaban enormes y desalentadoras. Incluso el chico se sintió desanimado.

Había un sitio para depositar a pacientes y visitantes cerca de la entrada principal del resplandeciente edificio verde de muchos pisos, y el chico y su abuela trataron de averiguar cómo se podría evitar que tuvieran que caminar lo que parecía más de un kilómetro desde el aparcamiento. Al cabo de un rato el nieto dijo:

—Apéate, abuela. Me encargo yo de aparcar el condenado coche. Seguro que en una propiedad privada no va a haber policías de tráfico de Nueva Jersey para pedirme el carné de conducir.

Una prueba de la creciente desesperación de la abuela fue que aceptó la propuesta de su nieto. El muchacho se deslizó hasta el asiento del conductor tan pronto como la anciana salió del coche y lo condujo hasta la zona B del aparcamiento.

La abuela entró en el vestíbulo del reluciente edificio nuevo, refrigerado con ferocidad, y apenas había empezado a mirar a su alrededor en busca de alguien que la asesorase, cuando su nieto, con el Acura estacionado ya, se presentó corriendo para reunirse con ella.

El chico era un excelentísimo corredor. Sobre todo en ocasiones como aquella.

En los deportes que se practicaban en el instituto era demasiado perezoso, o se dedicaba a soñar, o se distraía. No lograba

tomarse en serio lo que a otros les parecía importante. Todas aquellas tonterías eran como vivir con la cara pegada a un espejo: no te la veías y, menos aún, todo lo que la rodeaba. Las cosas para críos ya no le atraían ahora que no era un crío.

Todo relucía en el nuevo hospital. Al alzar la vista esperabas ver globos de bienvenida rebotando contra el techo varios pisos más arriba.

—¡Buenos días! ¿Les puedo ayudar en algo?

Una joven sonriente, vestida con colores que entonaban muy bien con los rosas, verdes y azules suaves del vestíbulo, apareció a su lado. La abuela dijo «sí, gracias». Como si no hubiera memorizado las palabras, leyó, con el ceño fruncido, un impreso que llevaba en la mano, pronunciando con mucho cuidado las palabras:

—Buscamos el Departamento de Cirugía Ambulatoria.

La cita era para las 9.30. En aquel momento eran las 9.22.

La joven sonriente les informó de que estaban en el edificio equivocado, es decir, en el hospital. El Departamento de Cirugía Ambulatoria estaba en el Pabellón de Artes Médicas, al otro extremo del complejo hospitalario.

—Deberían haber dejado el coche en la zona este del aparcamiento y haber utilizado la entrada correspondiente.

—¿Cómo íbamos a saberlo? «Zona este», nada menos —el chico se estaba sintiendo beligerante.

—Si tienen una cita, deben de haberles dado instrucciones y un mapa para llegar al Pabellón de Artes Médicas.

—¿Pabellón? ¿Qué es eso? ¿Estamos hablando de un carnaval o algo parecido? ¿Un pabellón no es un sitio donde toca una banda?

La joven sonriente pareció perpleja.

—*Pabellón* es como se llama. Donde *están* las Artes Médicas.

La abuela se apresuró a intervenir.

—El Pabellón de Artes Médicas ¿se encuentra en esa dirección? ¿Atravesando por ahí?

La joven sonriente dijo sí. Señalaba hacia el interior del hospital: se veía una hilera de ascensores, un corredor reluciente, largo y ancho, un patio con árboles enmacetados y un café al aire

libre. Algunos obreros instalaban, haciendo mucho ruido, algo que requería cables eléctricos más allá de un cartel que decía, elegantemente, ¡DISCULPEN LAS MOLESTIAS!

El chico, con el pulso acelerado a raíz de su carrera desde la zona B, le dijo a la joven sonriente:

—¿Cómo lo va a saber nadie? Nos dijeron que viniéramos al *hospital*.

Hablando de manera estricta, era probable que aquello no fuese cierto. Cuando la abuela había mencionado su cita en «el hospital nuevo» hablaba en general y por tanto de manera imprecisa, aunque su nieto lo hubiera tomado al pie de la letra y ahora se resistiese a rendirse, a la manera en que un perro leal no cede a otra persona el objeto que su dueño le ha arrojado para que lo coja.

—Si han venido para un procedimiento médico, tienen que haber recibido información, un papel con un mapa —dijo la joven sin alterarse. Aún sonreía, pero su sonrisa se había vuelto tensa—. Pero no hay ningún problema. Aquí me tienen a mí para guiarlos.

El chico estaba que trinaba. Difícil decir por qué. Quizá por ver a su abuela —con los ojos expertos de la joven recepcionista— como una mujer de casi setenta años, vestida con demasiada elegancia para la ocasión, decidida a representar el papel de persona *dueña de sí misma, tranquila*.

—Basta con que nos diga la dirección, ya encontraremos el camino —dijo el chico, pero la abuela intervino:

—¡Gracias! Muy amable por su parte.

Juntos avanzaron por el interior del edificio de muchos pisos, dirigidos por la joven sonriente.

El chico echaba chispas y le rechinaban los dientes.

Le dio un codazo a la abuela que sujetaba su bolso —demasiado grande y demasiado caro— de una manera que le resultaba molesta.

—El numerito de abuela desvalida se queda viejo muy pronto.

—Pues el de nieto maleducado, todavía más deprisa.

El chico rio con aspereza. A continuación observó, con voz llena de sarcasmo, que tenían que haberse equivocado de salida al dejar la autopista.

—Me parece que estamos en el hotel Marriott —dijo.

El corredor llevaba hasta otro edificio, el «Pabellón», que sin duda se parecía a un hotel de cinco estrellas. En el centro del vestíbulo había una fuente borbotante en la que ya, aunque hacía pocos días de la inauguración del edificio, personas bienintencionadas habían arrojado monedas de cobre. Por encima se agitaban móviles que representaban pájaros con las alas extendidas, versiones a lo Disney de austeras esculturas de Calder.

Tanto las monedas relucientes como los pájaros que flotaban molestaron al chico. Una clínica no es un *parque de atracciones*.

La joven sonriente se preparaba ya para dejarlos.

—Tomen el primer ascensor a la derecha. En el segundo piso, tuerzan también a la derecha. Es imposible perderse; enseguida encontrarán «Cirugía Ambulatoria».

A continuación, algo extraño. Lo inesperado. Con demasiada frecuencia, en la vida reciente del chico, se producía aquello, *algo especial*.

Porque la joven les sonreía, pero de una manera distinta. Como si hasta aquel momento no hubiera reparado en ellos dos, en la abuela y el nieto. El chico tuvo un escalofrío de miedo.

—¿Saben? Creo que me acuerdo de ustedes. ¿Del hospital viejo? ¿Ustedes dos? ¿Y alguien más? —la joven miró alrededor como si pudiera aparecer alguien que faltaba. Como si cualquiera de las personas que pasaban por el pasillo pudiera volverse, sonreír y saludar.

Hola. Apuesto a que os preguntabais dónde me había metido.

Cuando menos te lo esperas, los sitios desconocidos podían ser más peligrosos que los conocidos. El chico había llegado a descubrir que era más fácil que un sitio desconocido estuviera «embrujaado» por la sencilla razón de que había menos cosas en las que utilizar la memoria.

—Me parece que no. Creo que quizá nos confunde usted con otras personas —con una fría sonrisa, la abuela se dio la vuelta sin la menor vacilación, mientras el chico, en silencio, fulminaba el suelo con la mirada.

En el segundo piso torcieron a la derecha y se encontraron no con un departamento médico, sino con una *suite*. Muy bien

amueblada y decorada, con paneles transparentes de cristal del suelo al techo.

La abuela murmuró ambiguamente:

—Hay sitios peores que el hotel Marriott.

El chico se detuvo delante de las puertas de Cirugía Ambulatoria. Era como si sus piernas, a semejanza de las de un robot de comedia, se negaran a funcionar.

Empezaba a experimentar *cierto sentimiento*, un sentimiento que carecía de nombre y que no hubiera sabido describir. Y una vez que desaparecía tampoco era posible recordarlo de verdad.

—Puedes esperar aquí fuera, Billy Bob —dijo la abuela—. O explorar las instalaciones. O ir a sentarte a la cafetería. ¿Qué *hacen* los adolescentes?

Billy Bob era un nombre en broma. Un chiste.

Nada muy terrible le podía suceder nunca a *Billy Bob*, parecía ser la promesa implícita.

Su nieto le indicó con un gesto el nuevo móvil que le caía en la palma de la mano:

—Abuela, no preguntes nunca qué *hacen* los adolescentes.

El chico no acompañó a su abuela a la *suite* con el nombre de Cirugía Ambulatoria, sino que se quedó fuera, mirando. A través de las paredes de cristal que llegaban desde el suelo hasta el techo se veía a la gente en la sala de espera; personas que podían haber estado en cualquier otro sitio, en un aeropuerto quizás, con la excepción de las que iban en silla de ruedas y las calvas (calvas a una edad equivocada y de un sexo también equivocado), y el chico sabía por experiencia que si entraba en aquella sala, cierta *alteración en el aire* le pondría nervioso: ya había empezado a tener una sensación, triste y acongojante de una manera extraña, que era además como de arena deslizándosele debajo de los pies y que daría cualquier cosa por evitar.

La abuela le estaba diciendo a la recepcionista cómo se llamaba. Enseguida le preguntarían *¿Tiene usted un testamento vital?*

El chico sudaba a pesar del aire acondicionado.

La abuela se volvió, para señalar a su nieto y que la recepcionista lo viera: allí estaba su *chófer futuro*, la persona que la devolvería a casa.

El chico saludó con la mano a la recepcionista para indicar *Es cierto. Voy a estar aquí. ¡No se preocupe!*

Era un adolescente alto: medía un metro ochenta. *Su estatura* le daba confianza en ocasiones como aquella.

Durante diez minutos, más o menos, se quedó al otro lado de la pared de cristal y estuvo haciéndole muecas a su abuela que, sin prestar mucha atención, ojeaba una revista (la había traído consigo: sabía que no era aconsejable fiarse del material de lectura de las salas de espera) y miraba a su nieto sonriendo, o sonriendo solo a medias, porque estaba distraída, el chico se dio cuenta, aunque pretendiera no ver ni enterarse de lo que veía.

Si solo se es un nieto adolescente, es muy fácil retrotraerse. Todas las edades por las que has pasado se recuerdan gracias a los abuelos, en el interior de una especie de bruma amorosa resplandeciente, como esos rostros borrosos de la televisión que se utilizan para evitar que se identifique a las personas.

El chico se comportaba de manera un tanto extraña en el corredor por donde iban y venían otras personas. Pacientes externos y sus acompañantes. No quería marcharse, pero tampoco le apetecía seguir allí.

A la larga uno quiere que suceda algo. Quiere que se decida algo y que se sepan los resultados.

You did not want anything to happen. You did not want any results.

El nieto sabía de *resultados*. Sabía que algunos resultados son *irrevocables*.

Debían de haber llamado a su abuela, porque se levantó de repente, con aire de estar asustada, algo que el chico querría no haber visto, de manera que intentaría olvidarlo, lo que no es tan difícil como se podría creer. Una enfermera sonriente, todavía joven, con bata y pantalones de color pastel, se presentó para acompañar a la abuela al interior de las instalaciones y caminó con ella como si la estuviera sosteniendo, hasta que dejó de vérselas. A él, mirándolas, se le secó la boca. Luego retrocedió y se dio la vuelta.

La abuela estaría más o menos noventa minutos en el Departamento de Cirugía Ambulatoria. Tantísimo tiempo desplegándose delante del chico como un complicado juego de manos con una baraja.

Estaba encantado con su móvil, que podía ocuparle durante muchos minutos. Disponía de incontables aplicaciones informáticas, una pequeña galaxia de aplicaciones. Pero además del móvil en una mano sudorosa, tenía, en un bolsillo de los pantalones de trabajo de color caqui, un manual de geometría que le pesaba mucho. En los últimos tiempos se había convertido en uno de esos jovencitos sabelotodo que cuentan a los adultos que les gusta la geometría por su *orden y su cordura*.

Empezó a deambular por el segundo piso del Pabellón. Al encontrar una escalera, subió por ella. Demasiado impaciente para jugar, sin moverse, con su móvil.

Pensó *Debería haberme quedado con las llaves del coche. Por si sucede algo y la abuela tiene que pasar la noche en el hospital*.

Todo empezaba así, de ordinario. Análisis, noche en la clínica.

A través de las paredes de cristal que en el tercer piso también llegaban desde el suelo hasta el techo, el chico encontró una sala de espera amueblada igual que la de Cirugía Ambulatoria. Las mismas hileras de asientos y unas cuantas sillas de ruedas. Excepto que allí todas las pacientes eran chicas jóvenes.

Jovencitas esbeltas de largas cabelleras lisas que les caían por la espalda. Chicas con pecho de tamaño cero. Hermosas muchachas angelicales, con rostros que le fascinaron. Muy atractivas excepto que, al mirarlas mejor, las encontró demasiado flacas, tan flacas que asustaban. Aunque llevaban ropa muy holgada, el chico notó que eran de una delgadez aterradora, porque las había así en su instituto, no muchas pero sí algunas, y, entre ellas, varias de las más guapas, a las que aprendías a no mirar con descaro, aunque acababas mirándolas. Se dio la vuelta enseguida, pero una cara al otro lado de la pared de cristal le había enganchado, un rostro le había paralizado. Contó hasta nueve chicas en la sala de espera. Y con ellas —casi no se había dado cuenta— mujeres de más edad que tenían que ser sus madres. *Una sala de espera solo femenina*.

Almacenó la información para transmitírsela a su abuela en el trayecto de vuelta a casa:

—¿Sabes qué era? El Departamento de Trastornos de la Conducta Alimentaria.

—¡Trastornos de la alimentación! —diría la abuela—. Una enfermedad así podría darme envidia.

—De hecho, se mueren. Muchas —objetaría el nieto, con tono reprobatorio.

Estaba bien informado. Había leído estadísticas sobre el tema. Y una chica de su curso había muerto (¿de un ataque al corazón?) y pesaba solo treinta y cuatro kilos a los quince años.

El chico distraería a su abuela, pero quizá no con los trastornos de la alimentación.

Salió del Pabellón y le sorprendieron las ráfagas de aire caliente que atravesaban, veloces, los enormes aparcamientos.

Anduvo alrededor del hospital en busca de la zona B del aparcamiento, casi a un kilómetro. Solo para ver si sabía dónde había dejado el coche. (Sí que lo sabía.) El paisaje era en parte el originario, tierra arrancada del suelo, montones de tierra roja. Veloces vientos cálidos que lo dejaron sin aliento. *Hola. Apuesto a que os preguntabais dónde me había metido.*

De nuevo dentro del Pabellón de Artes Médicas, al chico le gustaba sentirse invisible en medio de un continuo discurrir de desconocidos. A los dieciséis años se es invisible. Se repantigó en un sofá de piel artificial junto a la fuente borboteante. Le fue imposible dejar de contar las relucientes monedas de cobre que veía dentro de la fuente: treinta y dos.

Si las volviera a contar, era posible que le saliese otra cantidad. Asombrado, se preguntó: *¿Por qué? ¿Por qué demonios la gente hace una cosa tan inútil y estúpida?* Era envidia lo que sentía, no desprecio.

Por decimoquinta vez consultó el móvil. Lo que hacía, sobre todo, era borrar mensajes. Sus pulgares se habían convertido en asesinos con mucha práctica. Su vida había llegado a ser una serie de eliminaciones: *los eliminabas antes de que ellos te eliminaran a ti.*

¡Qué aburrimiento! De pronto, impacientado, se puso en pie de un salto y tomó un ascensor para subir al cuarto piso —Afeciones Pulmonares, Asma—; a continuación bajó al tercero por la escalera y una vez allí se asomó al hueco central para ver la fuente borboteante. Desde aquella altura no se distinguían las monedas y no intentabas adivinar cuáles serían los inútiles deseos de unos cuantos cretinos.